

## Mi amigo Josué

Juan Sebastián Fernández Gardner / Com. Social UPB / cultura@elgrifo.com.co

Influenciado por "A puerta cerrada" de Jean Paul Sartre.

Mi presente es una noche desdeñada por la memoria, ábside del único recuerdo triste que conservo de los primeros años que regalé a la psicología social; era tan joven que creía ser el paliativo de la terrible enfermedad mental que consumió a la ciudad.

El autor de la carta que les presentaré, era un joven que conocí en el hospital, pocas semanas antes de su muerte; era cómico en demasía y sutilmente voraz; dedicaba su vida al estudio de los insectos pertenecientes

al orden de los dípteros (fuente de su posterior fascinación por los beneficios de la miasis) y era un reconocido actor (fuente de su posterior aborrecimiento de todas las artes escénicas); se encariñó conmigo prontamente y vio en mi futuro un campo virgen presto para ser violado por su radical filosofía, que más que ello, resulta ser una mezcla fatal de deseo sexual acumulado y residuos psicológicos de una inconformista mente bullosa.

Me ahorraré los primeros párrafos de la carta, de tan apesadumbrado soliloquio escrito.

"Pues bien querido psicólogo (que más que un psicólogo ha resultado ser usted un amigo) deberé confesarle que he tomado mi decisión porque estoy convencido del rudo bienestar que me aguarda en el infierno; lugar libre de espejos que representa para mí, un sitio donde no tendré que seguir siendo esta deformación extraña de mi niñez. Me da vergüenza mirar mi reflejo... no soporto reencontrarme cada mañana con el papel que el mundo me ha escogido; creen que soy gracioso pero sólo manifiesto mi descontento general con burlas rítmicas, con ironías e incoherencias agresivas, todas muy bien recibidas... me cansé de ser un pusilánime obligado al triunfo, me cansé de no poder dedicar mi vida a contemplar las moscas que atrevidamente frotan sus manos sobre mi comida, simulando un ritual de disimulado onanismo; me cansé de LA PREGUNTA... "¿¿cómo se vaganar la vida?!"... respuesta obligada: haciéndole-trampa-a-varios-millones-de-espermatozoides.

Me atreví a frenar el tren y bajarme en mitad del camino; no soporto tampoco la sociedad gay/lesbiana a la que nos obligan; la homosexualidad parece la nueva dictadura subliminal con la que quieren hacernos sentir amargados... "¡vamos, exploremos tu ano; veamos que tan flexible puede ser tu recto!" Parece que no hay lugar para los solitarios, e irónicamente, hay una galaxia entera para parejas enfermas, que disimulan su enorme ego en una relación homosexual... siempre lo he creído y ahora lo diré tan abiertamente como a "ellas" les gusta... creo que todos los homosexuales son ególatras, tanto que deben buscarse un homogéneo para "crecer" emocionalmente... igual, mientras no me infecten de su desesperación, todo estará bien".

La carta continúa con referencias personales acerca de su familia; habla de los excesos de su padre, turbadores de la personalidad y la tranquilidad del joven; su escape para tal panorama de desesperación fueron las moscas y la culinaria, y lo más extraño, la mezcla de ambas. Cuando lo visité por vez última, me mostró varios estudios que había realizado, todos enfocados en el impacto positivo de las larvas de mosca para el tratamiento de algunas enfermedades, y además me retrató... a su manera: traje de frac gris, camisa blanca y corbata negra, con una pulida cabeza de mosca; cabe resaltar que en los ojos de la mosca retratada demostraba, como un secreto dulce de un pálido amanecer, la cantidad de aprecio que sintiera por el personaje. Apenas me lo enseñó me indicó que en cada ojo de mi retrato habían 450 omatidios (los pequeños ojitos dentro de los dos ojos mayores, según me lo explicó él).

En la carta luego menciona un episodio agridulce de nuestra corta relación:

"Fue grata su visita en el hospital. Jamás creí que el veneno para las moscas fuera autor indelicado de tan grave trastorno digestivo. Sabe usted que mi pasión por la comida me lleva a la investigación. Sin duda alguna mezclar el aceite del arroz con el Raid no trajo buenas noches, pero no puede usted negarme (menos hoy, en mi coloquial despedida) que el día en que me dieron de alta nos divertimos visitando el orquideorama... Le recordaré: Mientras caminábamos, me preguntó usted por la razón que me condujo a preparar tan sin igual receta; todo apuntaba a una bizarra intención suicida, pero usted es consciente de la felicidad peligrosa que nos invade a los hombres impulsivos. Yo en plena explicación le aseguré modestamente que podría provocarle náuseas solamente relatándole una pequeña muestra del impacto sensitivo que tuvo aquel arroz en mis papilas gustativas. Como prófugo de su recatada actitud, un "no lo creo", se derramó en su lengua, saltando al vacío hermoso e invisible que hay entre el maxilar superior e inferior. Desde el instante en que ese "no lo creo" fue

pronunciado, sin pausa alguna, mi relato atropelló su tranquilidad y atrofió su gusto; su rostro enfermó y su imaginación mediocre fue obligada a crear sabores a partir de las palabras que yo le decía. Usted, ante los anónimos presentes, vomitó, manchando su elegancia, e increíblemente, sonriendo mientras lo hacía. Cuando esto sucedió, usted se ganó mi afecto... no por sonreír mientras vomitaba, sino por sonreír mientras aceptaba (de manera especial...) una derrota".

La carta culmina de manera triste pero contundente; un colofón perfecto para nuestra amistad:

"Me

cansé de las miradas desesperadas que todos me dirigen cuando me ven llegar: "Dilo, hazme reír, sé que estás a punto de decir algo genial; alégrame el rato con tu sadismo cómico; acompaña con tus burlas esta noche en la que guardaré en el rincón más sucio de mi voluntad, la sobriedad que desde el lunes me acompañó"... en realidad, mientras ríen me atormentan... pero hacer reír es una adicción de parte y parte; es como si el whiskey se volviera adicto a la boca que lo bebe... así sucede con el carisma... e igualmente despersonaliza, porque nada más aterrador que el silencio repentino de un payaso... Y eso es lo que soy, una mala copia de la imagen que todos tenían de mí... por eso siempre los miraba a los ojos, para tratar de encontrar en ellos mi "verdadero" reflejo.

Como te lo prometí, viví hasta el final. Y un último consejo fiel loquero: "no dar un paso no significa dejar de caminar"

Amorosamente,

tu amigo Josué".

## OTROS TEXTOS DEL AUTOR

Arquero suplente

Reflexiones sobre ese kitsch en la moda